

CARTAS DE JÓVENES VIAJEROS

SOLEDAD ALÉN, DE BUENOS AIRES A RICHMOND

En agosto del '93 me fui a Estados Unidos mediante el plan de intercambio estudiantil de esta Universidad. Estuve en la Virginia Commonwealth University, en Richmond, la capital del estado de Virginia, situada aproximadamente a dos horas de Washington D.C. Vivía en una residencia para estudiantes y compartía el departamento con cuatro chicas más, también estudiantes del programa ISEP. Éramos en total catorce jóvenes de distintas partes del mundo que compartimos esa experiencia.

Las materias que cursé fueron cinco, dos de literatura norteamericana y tres de Historia del arte. El nivel académico en el área de las artes fue realmente excepcional, no sólo por la calidad de los cursos que tomé, sino también por la cantidad de material que tenía a mi disposición para cualquier investigación que quisiera realizar. Había jóvenes que se dedicaban al cine, la fotografía, la pintura, la escultura, el grabado, la orfebrería, el trabajo sobre vidrio, el diseño por computación, el teatro y la música, y era posible para cualquier estudiante tomar contacto con el trabajo de cada uno de ellos. El hecho de encontrarnos todos en un mismo campus hacía posible ese intercambio, y me permitió además ponerme al tanto de todo lo que en arte moderno se está haciendo actualmente.

Aunque parezca increíble, en uno de los cursos de literatura el trabajo giró todo el tiempo alrededor de las computadoras. Contábamos en el salón de clases con una pantalla gigante donde

podían leerse los textos que analizábamos. La profesora trabajaba con un mouse, con el que focalizaba algunas palabras o frases en *itálicas*. Al hacerlo, se abría en la pantalla el «hipertexto» o información relativa a esa palabra o párrafo. Por ejemplo se nos presentaba otros significados posibles de una frase o la simbología de un término o preguntas que los estudiantes debíamos hacernos, como también asociaciones con otras ideas útiles para comprender mejor el texto. A partir de todo ese material, cada estudiante llevaba a cabo su propio trabajo de investigación. Ese mismo programa se encontraba además en todas las computadoras de los laboratorios donde los estudiantes preparábamos nuestros informes.

Estos son algunos ejemplos del crecimiento académico que implica una experiencia de este tipo. Pero no fue sólo lo académico lo que hizo de este viaje una de las mejores experiencias que tuve. En todos los aspectos fue positivo: la gente que conocí de todas partes del mundo, la independencia y la seguridad que adquirí, la forma en que se ampliaron mis horizontes y el haber tomado distancia para lograr una mirada nueva sobre cosas ya conocidas.

No fue fácil alejarme por un tiempo de mi mundo, de mi casa, de mis amigos, de mi ciudad y de mi idioma, ni tampoco la exigencia de enfrentarme sola a un mundo que no conocía, sin tener la menor idea de cómo resultaría todo aquello. Desde el día en que ingresé a la Universidad había escuchado hablar de estos intercambios, pero no fue sino hasta cuarto año cuando lo vi como algo posible para mí. Partí con muchos miedos y volví feliz.

Si alguno de los que está leyendo estas líneas ya comenzó a considerar la posibilidad de realizar un viaje de intercambio, le digo sin dudarle que se anime y lo haga. El miedo y las vacilaciones del comienzo no significan nada en comparación con la riqueza que se obtiene después. Es preciso atreverse a correr el riesgo. Todos sabemos que lo verdaderamente bueno nunca se obtiene sin arriesgar mucho.

Soledad Alén
Egresada de Letras

**ANDY WICKLESS,
DE LAWRENCE A BUENOS AIRES.**

Hola, me llamo Andy Wickless y vine a Buenos Aires desde los Estados Unidos, a estudiar por el plan de intercambio. Soy de Lincoln, Nebraska, pero estudio en la Universidad de Kansas, en la ciudad de Lawrence. Los Estados de Nebraska y de Kansas se encuentran en el centro del país (les digo a mis amigos argentinos que vivo en la pampa de los Estados Unidos, porque hay campo, campo y más campo).

Estudio dos carreras: administración de empresas y castellano. Después de cinco meses y medio en la Argentina he llegado a darme cuenta de las grandes diferencias que presenta este sistema universitario con respecto al de mi país. Esto no implica un juicio de valor a favor de un sistema o del otro, ya que cada uno tiene sus ventajas. Por eso, aquí en la Universidad del Salvador, trato de aprovechar los aspectos más positivos de esta institución.

La mayor diferencia entre los dos sistemas radica en los programas de estudio. En los Estados Unidos, la mayor parte de los estudiantes ingresan a la Facultad de Artes Liberales y Ciencias, que reúne más de la mitad de las carreras que se cursan en esta Universidad. Los alumnos que entran a esta Facultad asisten a lo largo de dos años a clases de composición literaria, comunicación oral, ciencias naturales, ciencias sociales y un idioma extranjero. Durante el tercer y cuarto año, el estudiante puede especializarse en una carrera. Muchos cambian de carrera dos, tres y hasta cuatro veces, lo cual hace que necesiten cinco años para terminarla. Para quienes, como yo, cursan dos carreras a la vez, el tiempo total de estudios no supera ese lapso.

Mientras que aquí los estudiantes cursan los cinco años con la misma gente, en los Estados Unidos los alumnos comparten las clases con jóvenes de distintas carreras. En mi Facultad, por ejemplo, cursé la materia psicología con estudiantes de Historia,

filosofía, administración y biología.

Esta mezcla de estudiantes se da también en la organización de los hospedajes. En la Universidad de Kansas hay siete residencias estudiantiles, donde conviven miles de estudiantes. Algunas son para chicas, otras para varones y también las hay mixtas. Otro tipo de hospedaje es el sistema de fraternidades. Cada fraternidad se identifica con un signo de dos o tres letras griegas, y por eso se lo conoce como «el sistema griego». Las fraternidades son una especie de clubes, que eligen cada año nuevos miembros. La mayor parte de ellos viven en una casa grande y participan de actividades académicas, deportivas y sociales en común.

Estos aspectos de nuestro sistema crean un ambiente humano muy beneficioso. Toda la Universidad ocupa un campus donde se encuentran los edificios de todas las Facultades, que están muy cerca unos de otros. La Universidad se convierte así en una pequeña ciudad donde los estudiantes viven, estudian, practican deportes y realizan muchas otras actividades.

En la biblioteca de nuestra Universidad, que posee más de tres millones de volúmenes, es posible disponer de la bibliografía más actualizada y de una nutrida hemeroteca. Esta superabundancia de material, como también el sistema de archivos computarizados, brindan las condiciones óptimas para realizar cualquier tipo de investigación.

En cuanto a la experiencia personal de estudiar en otro país, la necesidad de adaptarse a un sistema nuevo y de vivir en una ciudad extraña nos hacen crecer en todos los aspectos. Hay cosas que a uno no le gustan, y momentos en los que le gustaría volverse inmediatamente a su país. Pero a la vez se vive experiencias nuevas y se puede conocer gente maravillosa, a quienes nunca conoceríamos si no supiéramos otro idioma.

Este sería el único consejo que les daría: que aprendan otra lengua (o dos o tres, si tienen esa capacidad). Y que se atrevan a vivir en otro país por un tiempo. Aprenderán mucho sobre ustedes mismos y cambiará, sin ninguna duda, su perspectiva del mundo.

Andy J. Wickless